

El fusilamiento de Barreiro en Bogotá, hace 150 años

Escribe: PAULO E. FORERO

Hace ahora 150 años, el 11 de octubre de 1819, en la Plaza Mayor de Bogotá, llamada hoy de Bolívar, se cumplía una trágica ceremonia. El coronel José María Barreiro, comandante de la Tercera División del Rey, y 37 de sus oficiales, algunos criollos, eran fusilados por orden del vicepresidente de la Nueva Granada, general de división Francisco de Paula Santander. Dos meses antes habían sido capturados por el ejército republicano, luego de su derrota en el Puente de Boyacá.

No obstante la verdad histórica que ofrece amplia justificación al fusilamiento, todavía hay quienes —por falta de adecuada información unos, otros por pasiones y acerbías prolongadas por siglo y medio— continúan creyendo que fue, por lo menos, un acto inútil de crueldad. Es conveniente, entonces, explicar cuáles fueron los antecedentes de la ejecución, cuáles las circunstancias críticas que atravesaba el gobierno patriota instaurado en Bogotá sesenta días antes, y cuáles las razones que vencieron la tradicional nobleza y generosidad de Santander, y lo obligaron a abrir para los prisioneros las puertas de la muerte. En este año del sesquicentenario de la campaña libertadora y de sus hechos consecuentes, vamos a evocar las páginas de la historia para sacar de ellas a los personajes y ponerlos frente a frente con su destino.

LA AURORA DE UN GOBIERNO

Santafé, septiembre de 1819. Pasada la embriaguez de la victoria y la apoteosis de los vencedores, Bolívar se dispone a

continuar la guerra. Designa vicepresidente de las provincias libres al general Santander, reajusta los cuadros del ejército diezmados por la campaña, y el día 20 parte con tropas, en su mayoría granadinas, para libertar a Venezuela. Un grupo de Granaderos de la Guardia y un pequeño saldo de la antigua División de Retaguardia, mandada por Anzoátegui, quedan por toda guarnición en la capital. En una capital plena de inquietud, y de fervores explosivos.

Los comerciantes, los curas realistas y la alta burguesía indo-española, inician la conspiración. Se dicen misas públicamente para rogar por la salvación de los oficiales realistas, que han pasado del Salón de las Aulas (actual Museo Colonial) al cuartel de caballería en la Plaza Mayor. Se les envían delicados platos a la cárcel. Los centinelas, muchos de los cuales pertenecieron al ejército real, fraternizan con los prisioneros y les permiten licencias increíbles. Las señoras aristocráticas hablan de cuando regrese "el excelentísimo señor Virrey". El español Juan Francisco Malpica, el mismo que bailó de alegría ante el cadáver de La Pola y se lamentó de que no corriera más sangre de insurgentes, recorre los corrillos y saraos diciendo: "No os preocupéis, que volverán!". Si triunfa la contra-revolución, todo el efecto de las luchas y sacrificios coronados por la batalla de Boyacá, se habrán perdido. La suerte de la patria está en manos de un general de 27 años, que sacó de la nada un ejército en Casanare, como ahora está sacando de la nada un Estado moderno. En manos de este joven jefe del gobierno, que envainó su espada para crear la República.

En las calles ya no se murmura. Se conspira a gritos. En el altozano de la Catedral se oyen claramente las voces que incitan a la revuelta:

—Es preciso —¿me oís?— es preciso procurar la evasión del señor coronel Barreiro y de sus oficiales, a fin de que recapturen la ciudad para Su Majestad el Rey. La alta clase está de nuestra parte, lo mismo que el clero y el comercio. Santander no cuenta sino con un puñado de soldados, si es que pueden llamarse soldados esos infelices, y los pocos que vigilan a los ilustres prisioneros quieren también ayudarles, a cambio de recompensas cuando se restaure el virreinato. Una vez fuera de la cárcel los oficiales, los proveeremos de armas y todos nos lanzaremos a la calle, apresaremos a Santander y a sus partidarios, y

enviaremos aviso al general Morillo para que regrese a aplastar a los insurgentes. ¡Viva España...!

LOS PRISIONEROS

José María Barreiro y Majón, coronel graduado del Real Cuerpo de Artillería y comandante en jefe de la Tercera División batida en Boyacá, tiene dos años más que Santander. Cuenta con 29. Es gaditano, y descende de una familia de militares. Veterano de la guerra contra Napoleón, estuvo prisionero en la defensa de Madrid. Desde 1815 se encuentra en América, a órdenes de Morillo. Es uno de los mejores oficiales superiores de las tropas expedicionarias españolas. Cometió graves errores en la campaña de 1819, y los pagó con la derrota. Apuesto y gallardo, seducía con su figura a las santafereñas. Se ufana mucho de su presencia y de sus uniformes. Severo y cruel con sus tropas, lo era en grado sumo con los patriotas. En su correspondencia pide órdenes para extinguir a los rebeldes. Se divierte en asolar los pueblos y en pasar a lanza a los prisioneros, atándolos espalda con espalda. Así lo hizo con los 38 mártires de La Ramada, pertenecientes a las tropas de Santander, cinco días antes de la batalla de Vargas. En la guerra a muerte se halla en su elemento.

Con Barreiro se encuentran su segundo en el mando, el coronel Francisco Jiménez, oriundo de Panamá. El teniente coronel Antonio Galluzo, de Cartagena, lo mismo que el teniente Santiago Molinos. El teniente Antonio Hidalgo es de Quito, y los tenientes Ramón Abreu y Hermenegildo Bravo son de Tunja y Neiva. Hay además cinco venezolanos, un puertorriqueño y uno de Guayana. Los demás, españoles. El boticario Alonso Ortiz y tres civiles, que tomaron armas en las batallas y de ello responden. Entre los peninsulares se destaca el coronel Antonio Plá, capturado cuando trataba de entrar a Santafé por detrás de Monserrate.

EN CAPILLA

Hacia el 10 de octubre la tensión es insoportable. De un momento a otro se producirá la evasión. Uno de los oficiales trató de fugarse disfrazado de mujer. No hay ninguna confianza

en la guardia. De Cartagena llega la noticia: Sámano se niega a aceptar el canje de prisioneros propuesto por Bolívar, y ordena el fusilamiento de las tropas de MacGregor capturadas en Panamá y Riohacha. Malpica sigue haciendo llegar mensajes a Barreiro: "Preparados. Avisaré la hora". De súbito, en la noche del 10, se cambia la guardia. Todos son desconocidos para los realistas. Llegan dos frailes capuchinos: "Hijos míos, se han tomado muy graves determinaciones...". Es el final.

Esa misma noche entran en capilla. Desesperado, Barreiro lanza su última carta. Envía a Santander sus títulos e insignias de masón. Sabe que el vicepresidente ocupa un grado de importancia en las logias. Santander, que se ha negado a recibirlo, le devuelve el envío con un mensaje muy sencillo. Que le digan al coronel Barreiro que los deberes para con la Patria están por encima de los deberes para con la masonería.

Ya es 11 de octubre. Muy de mañana, y después de largas horas de meditación, el vicepresidente manda de su puño y letra al comandante de la plaza una orden definitiva:

"Santafé, octubre 11 de 1819. Habiéndose denegado el Virrey a entrar en conversaciones con el gobierno, siendo continuos los clamores del pueblo contra los prisioneros y siendo justo tomar con ellos el partido que acostumbraban tomar con los nuestros, prevengo a V. S. que en el día, haga V. S. pasar por las armas a todos los oficiales prisioneros del ejército del Rey. Dios guarde a V. S. Firmado, F. de P. Santander".

EL ULTIMO ACTO

Ya van camino del patíbulo. Jiménez marcha al lado de Barreiro, que lleva levantada la cabeza y murmura algo entre dientes. Detrás vienen los restantes, pálidos pero valientes. Todos están de uniforme. ¿Se acordarán en ese instante supremo de los humildes llaneros de La Ramada? ¿Y de los acuchillados en Tunja por Juan Loño, en vísperas de la batalla de Boyacá? ¿Y de los hombres y mujeres fusilados en la capital, y en El Socorro, y en otros pueblos? ¿Se acordarán de Caldas, y de Torres, y de los cuatro hermanos Monsalve? Se acordarán de José Antonio Galán y de Alcantuz? ¿Se acordarán de Antonia Santos y de La Pola, de Juana Escobar y Fidela Ramos, de Engracia Salgar y Evangelina Díaz...? ¿Se acordarán de Mercedes Abrego?

Ya llegan al patíbulo. La multitud, envuelta en sordos rumores de violencia, llena la plaza. En el balcón de gabinete de la casa de esquina (sitio donde está hoy el palacio cardenalicio), se ve la figura del vicepresidente Santander, envuelto en su capa azul. No ha querido ahorrarse el amargo trance de ver cumplida la ley. Más tarde podrá decir: "Si en el cumplimiento de la ley se encuentra el mal, el mal será".

Los treinta y ocho oficiales (eran 38 también los alanceados en La Ramada), van pasando al banquillo en grupos de a cinco. En el primero Barreiro, Jiménez, Plá, Galluzo y el capitán Juan Figueroa. Los soldados de la División Anzoátegui hacen la primera descarga. Algunos tratan de decir algo, pero no se oye por el redoble de los tambores. Al acabarse los capitanes, siguen trece tenientes, diez subtenientes y los civiles. La sangre corre por las piedras de la plaza. Que ya habían sido lavadas, por años enteros, con sangre patriota. De pronto, al caer el último grupo, de la multitud sale un grito:

—¡No os preocupéis, que atrás viene quien las enderezca...!

Si. Quien "enderezca" las cargas: Morillo. Es Juan Francisco Malpica quien ha gritado. Santander lo oyó, y habiendo establecido quién era, ordenó que fuese fusilado en seguida. Y así se hizo. Un vasto silencio cayó, rotundo, sobre la plaza. Callaron los murmullos y amenazas escuchados a la vista de la sangre. Quedaron quietas las manos que apretaban debajo de la capa el traicionero puñal y la pistola. Enmudecieron las voces de rebelión contra la República. Había gobierno en Santafé. Un gobierno del cual era nervio y cerebro el general indomable de 27 años. Y el pueblo, ese pueblo fiel y patriota que hizo bajar de Las Aguas don José María Carbonell la tarde del 20 de julio, volvió a dar vivas a la libertad.

DURA LEX

La situación cambió radicalmente. El Estado naciente se había salvado. Pero vinieron las opiniones contradictorias. No faltaron en las filas patriotas quienes impugnasen la decisión de Santander. La enemistad, la envidia, las malas pasiones, aflo- raron en nombre de un falso sentimiento de humanidad. El primero que alzó su palabra para defender a quien él llamaba "su mejor amigo" fue el general Anzoátegui. Era el más leal y sin-

cero de los venezolanos por su afecto a Santander y a la Nueva Granada.

Una vez comprobados los buenos efectos de la ejecución de los realistas, el vicepresidente produce un documento oficial. Es el parte a Bolívar sobre los fusilamientos, fechado el 17 de octubre. No hay nada qué agregar a esta explicación, razonada y precisa, de una medida dictada en cumplimiento del decreto de la guerra a muerte, expedido por el Libertador, en un instante en que no había sino esta alternativa fatal: ellos o nosotros. Algunas frases de Santander del mensaje a Bolívar, quien por esos días debía estar llegando a Pamplona:

“Tengo el honor de avisar a V. E. que el 11 del corriente he hecho ejecutar públicamente a 38 oficiales del ejército del Rey que estaban prisioneros. Mis sentimientos de humanidad, y los que V. E. ha manifestado con estos prisioneros, resistían a tomar una providencia como ésta. Pero la salud de la Patria demandaba no atender a consideraciones algunas ni escuchar la voz de la generosidad... Los oficiales comenzaron a difundir especies subversivas que fijaban la opinión en favor del partido del Rey... Trataron de ganar a algunos de los soldados que antes pertenecían a su ejército, y no faltó quien procurara proveerse de un vestido de mujer para fugarse... La ciudad estaba sumamente alarmada... El gobierno no podía trabajar con seguridad, temiendo que se ganase la única tropa que estaba de guarnición... Veía en estos oficiales a los verdugos y asesinos de nuestros pacíficos compatriotas, los desoladores de este precioso territorio, los ejecutores de tantas maldades... Que en V. E. en mis compañeros y en mí habrían descargado su fiereza si la acción de Boyacá nos hubiese sido funestas... En estas circunstancias yo no podía responder de la seguridad de estas provincias... Los jefes, las tropas, el mismo pueblo, todos han manifestado de un modo muy evidente la satisfacción y el contento que les cabía por esta medida justa...”

¿Y BOLIVAR...?

Así quedó informado Bolívar de la decisión del vicepresidente. Pero muchos se decían: ¿Qué pensará el Libertador? ¿No repugnará este fusilamiento a los ojos de quien sentaba plaza de magnanimidad con los vencidos? Pero Santander conocía muy

bien al autor del decreto de guerra a muerte. Bolívar esperó otra carta, más confidencial y detallada, y respondió al vicepresidente en nota oficial que plantea su criterio con claridades absolutas:

“Nuestros enemigos no creerán la verdad, o por lo menos supondrán artificiosamente que nuestra severidad no es un acto de justicia, sino una represalia y una venganza gratuita. Pero sea lo que fuere, yo doy las gracias a Vuestra Excelencia por el celo y actividad con que ha procurado salvar a la República con esta dolorosa medida”.

Y no podía ser de otra manera. No solo por las razones de Santander, cuyo espíritu legalista ya alumbraba el camino de Colombia, sino porque él, Bolívar, también tenía el pulso firme cuando se trataba de juzgar cómo debía procederse con los españoles. Por ejemplo, su concepto sobre lo que el año siguiente hizo el general Maza el 27 de junio, cuando tomó a sangre y fuego a Tenerife, en arrojada acción que lo hizo famoso.

Sentado a orillas del Magdalena, Maza hizo ahogar en el río, uno por uno, a los 300 soldados realistas sobrevivientes de la batalla. Informado Bolívar del sacrificio colectivo del enemigo, escribió a Santander con regocijo lo siguiente:

“Me alegro mucho del suceso de Maza. El niño es pesado. Por cada herida mata cien hombres, sin más novedad”.

Esta burlona apreciación da una clara idea de cómo a Bolívar no le importaba la forma en que tuvieran su fin último los realistas. Así era la guerra a muerte. Y a ella le debemos en buena parte la libertad. Para completar el pensamiento del Libertador sobre las ejecuciones en la capital, hay otro documento. Es una carta suya enviada a Santander cuando adelantaba la campaña en Venezuela, en la cual le dice:

“Habrá otro Boyacá en Venezuela pero no habrá otro Barreiro qué coger, porque el señor Morillo es demasiado feliz para representar la segunda parte de la escena de Santafé”.

La verdad que se desprende de todo lo anterior es incontrastable. Santander cumplió con un amargo deber, pero deber al fin y al cabo, por el bien y la salvación de la Patria. Bolívar lo comprendió así, y dio su respaldo y solidaridad a la determinación del vicepresidente, en cuyo brazo justiciero reencarnaba el espíritu girondino que iluminó los primeros años de la República. Lo demás es historia.